

go» para hablar con él (Act. XXI, 37), y el Apóstol habla (Act. XXI, 40) al pueblo en «lengua hebrea,» y éste al oírle «en hebreo» le escucha en silencio? (Act. XXII, 2). ¿Por qué el mismo Apóstol oye en «lengua hebrea» la voz que le dice «Saulo, Saulo, porqué me persigues?» (Act. XXVI, 14). ¿Por qué los judaizantes procuran en judaico evangelios apócrifos, ó adulterados, y se escriben los Targums en el mismo dialecto? Todo ello es inexplicable para el pretendido *helenismo*, y constituye serio argumento en favor del *semitismo*, hoy por otra parte sólidamente establecido por los estudios filológicos y críticos sobre las formas del aramaico.

Dentro del *semitismo* pudiera dudarse si el hebreo, el siríaco ó el arameo judaico fué la lengua de J. C. (1). Pero toda duda desaparece desde el momento en que de una parte nos

(1) Los protestantes han contribuido no poco á mantener la idea del *siríaco* de J. C., como se ve por las aseveraciones, entre otros, de Horne, Clarke y de Schoettgen (*Horae hebraicae et talmudicae*, I) acerca de las palabras de la institución de la Eucaristía, que creían poder interpretar de un modo más conforme á sus principios mediante el siríaco. Para excluir la *presencia real* eucarística explicando porqué J. C. no usó un verbo que signifique *simbolizar*, recurrieron á que en siríaco no existe ninguno con tal significación. Aunque esto como argumento no podía ser más pobre, para sostenerlo era menester decir que J. C. habló en siríaco. El eminente Wiseman se encargó de poner de manifiesto en sus *Horae Syriacae*, que no una sino varias docenas de voces existen en siríaco equivalentes á *simbolizar*, *representar*, demostrando además con testimonios de escritores siros, que J. C. no podría hablar en manera alguna como habló en la institución de la Eucaristía, de haber querido decir que el pan era su *símbolo*. La lengua de J. C. no ha sido el siríaco, y hoy lo reconocen los mismos protestantes, con lo cual desaparece radicalmente el supuesto argumento. En este sentido se les había hecho notar, y es concluyente en orden á excluir el siríaco, que las palabras de J. C. en la cruz: *Eli, eli, lamma sabactani*, en la versión siríaca aparecen puestas en siríaco por el traductor. No es este lugar de discutir la reconstrucción aramaica referente á la institución de la Eucaristía que algunos críticos protestantes proponen; pero desde luego la supresión que en ella se intenta hacer del verbo *ἐστίν* tan terminante en el texto griego *τοῦτό ἐστιν τὸ σῶμά μου, τὸ αἷμά μου*, además de poco conducente en arameo á su objeto, es tan improbable, como temerario es el empeño de corregir la interpretación hecha por los evangelistas, mantenida en todas las versiones orientales del más estricto *semitismo*.

atengamos á la verdad de los hechos que nos permiten excluir del territorio palestinense los dos primeros en tiempo de J. C., y por otra se considere que las denominaciones de hebreo y siríaco en la antigüedad, y en el N. T., como en épocas relativamente modernas, se tomaron indistintamente para señalar el lenguaje judaico de los últimos tiempos; y por lo mismo los testimonios que mencionan el hebreo, siríaco, caldaico, etc., no excluyen en manera alguna el arameo como lengua de J. C., sino que más bien impropriamente lo designan. Por eso encontramos pasajes con denominación *mixta*, como el citado atrás, donde se dice á San Mateo hombre *siro*, de lengua *hebreo*, y otros que nos hablan de *caldeo-siríaco escrito con letras hebraicas*, etc. Es decir, que la lengua de S. Mateo, como la de J. C., designese con el nombre que quiera, no es ni la *hebreo*, ni la *siríaca*, ni menos la *caldaica*, si con este calificativo se pretende indicar otro idioma que el *araméo palestinense*, el cual constituye la forma de lenguaje judaico del tiempo de J. C., y sobre el que recaen asiduas investigaciones modernas del arameísmo comparado (1). El análisis de la lengua de Onkelos y de los demás Targums, el estudio detenido de ambos Talmud, babilónico y jerosolimitano, y del samaritano é inscripciones palmirenas, nabateas y egipcio-aramaicas, vinieron con los arameísmos de la Biblia y demás auxiliares extrínsecos, á favorecer la determinación científica del habla de la Palestina en su última etapa, y facilitarnos su clasificación.

Las conclusiones que sobre el particular deben sostenerse son en resumen las siguientes:

1.º La lengua del pueblo judaico no fué por éste designada con el nombre de *lengua hebrea*. El nombre de

(1) V. Dalman, *Grammatik des jüdisch-palästinensischen Aramäisch* (Talmud, Midrasch, Onkelos, Targum jerosol. del Pent., con exposición del dialecto palestinense cristiano). Kautzsch, *Grammatik d. Biblisch-aramäischen*, con investigaciones sobre los arameísmos del N. T. Merx, *Chrestomathia Targumica*. Como auxiliar para conocer el dialecto palestinense de J. C., el *Evangelarium Hierosolimitanum* (v. ed. M. Erizzo, 1861; y *Bibliothecae Syriacae a Paulo de Lagarde collectae quae ad philologiam sacram pertinent* —incompl. todavía—). Sobre escritos fragmentarios que coadyuvan al conocimiento dialectal dicho, v. A. Meyer, *Jesu Muttersprache* —Anhang C.—

idioma hebreo, *literatura hebrea*, como hemos dicho en otro lugar de esta obra (t. I, c. VII), no se encuentra ni una sola vez en el Antiguo Testamento, donde aparece aquel idioma calificado con los nombres de *lengua de Canaam* y *lengua judaica*. El nombre de *lengua hebrea* *ἑβραϊκὸς διάλεκτος*, es debido sin duda á los griegos y á los judíos helenistas, los cuales de hecho lo divulgaron aplicado directamente á significar, no el hebreo clásico de los libros sagrados (dicho por ellos en arameo «Ichon kudchah,» *lengua santa*, sino el *judaico vulgar* de su tiempo, ó sea el *aramaico palestinense*. De los judíos pasó tal denominación al N. Testamento, y de éste á la tradición eclesiástica en aquella concreta y peculiar acepción. Por consiguiente, lejos de ser el nombre *lengua hebrea* propio del hebreo clásico, aplicado *por extensión* al arameo judaico, como con manifiesto error han dicho algunos, es justamente verdadero lo opuesto, ó sea que por *lengua hebrea* se significa el *aramaico judaico*, para el cual se hizo la denominación, y sólo *por extensión* se aplicó más tarde para designar indistintamente el hebreo clásico y el arameo vulgar, cosa que es completamente ajena á la antigüedad, la cual empleó dicho nombre en el sentido que tenía en realidad, esto es, en el de lengua popular del judaísmo.

2.º En haberse tomado el nombre, relativamente moderno en el judaísmo, de *lengua hebrea*, cual sinónimo de la lengua del Ant. Testamento, que los judíos distinguían con el dictado de *lengua santa* según queda dicho, se funda la equivocación de los que piensan que J. C. habló el hebreo bíblico, y en este hebreo escribió San Mateo, puesto que la antigüedad nos habla del *hebreo* de dicho Apóstol. Prescindiendo de los indicios que la misma antigüedad en su variar y confundir denominaciones de caldeo, hebreo, siro-caldaico, etc., nos da contrarios á la interpretación de *hebreo bíblico*, la denominación aludida por sí sola nos lleva á concluir lo opuesto de lo que se pretende deducir del calificativo *hebreo*, según acabamos de ver. Por esto los testimonios de S. Papias, Ireneo y Panteno, de los cuales hace referencia Eusebio en favor de que escribió en *hebreo* San Mateo, así como las afirmaciones del mismo Eusebio y de San Jerónimo, etc. en igual sentido, son en realidad testimonio de que dicho Apóstol escribió en arameo

judaico. En este arameo τῆ πατρίω λῳσσῃ, que dice Fl. Josefs (Bell. jud. V, 9, 2; VI, 2, 1) se traduce evidentemente según resulta del mismo historiador, el hablar ἑβραϊζων, lo cual resulta también de lo que escribe Filón. No es menester añadir que habiendo los escritores sagrados del N. T. tomado la denominación de *lengua hebrea* de los judíos ó de los griegos, cuantas veces la usan, hablan siempre del arameo, como aquellos la aplicaban; de igual suerte que cuando señalan el equivalente *hebreo* de alguna palabra ó de algún nombre propio, se refieren á su valor fonético arameo de aquel tiempo, aunque en realidad coincida con el de la lengua bíblica, ó sea tomado de ella (Cf. Ev. de S. Juan V, 2 ἑβραϊστὶ Βηθσαδα; id. XIX, 13 ἑβρ. Γαββαθα; id. v. 17 ἑβρ. Γολγοθα).

De este arameo, apellidado hebreo en el N. T. y en la antigüedad eclesiástica, nos dan muestra los evangelistas al conservar giros aramaicos, modismos y frases de índole arameica (v. Meyer, ob. cit.), y finalmente palabras también aramaicas. Arameos son tal como aparecen compuestos los nombres de Βαραβᾶς, Marc. XV, 7; Βαριησοῦς, Act. XIII, 6; Βαριωνᾶ, Matth. XVI, 17; Βαρνάβας, Θωμᾶς, Marc. III, 18; Μάρθα, Luc. X, 40; los de Θαδδαῖος, Matth. X, 3; Κλωπᾶς, Jon. XIX, 25; Ταβιθα, Act. X, 36, etc., etc. Expresiones como *Belzebú*, *raka*, *mammona*, *epheta*, *talitha kumi*, etc. son aramaicas igualmente; y en arameo se expresa J. C. en los más serios momentos de su vida cuando no trata más que de sí mismo en la presencia de su Padre, al pronunciar aquel ἄββᾶ, pater, en Getsemani, y al exclamar en la cruz: *Eli, Eli lamma sabacthani*, que trae San Mateo, y en San Marcos Ἐλωί, ἔλωί λευά σαβαχ θανει (Ἐλει en algunos códices) (1). Tal era, pues, la *lengua hebrea*

(1) En el Salmo XXI, hallamos *Eli, Eli, lamma azahthani*. Refiriéndose á las cit. palabras de S. Marcos nota Meyer: «Das εἰ im Griechischen wie τ zu sprechen, s. o. S. 45, A. 5, statt des ω wäre langes α zu erwarten ^helahi Dalman S. 123.) Es liegt entweder eine dunklere Aussprache des Kamez vor, was allerdings eine seltene Ausnahme wäre (Siegfried, ZATW. 1884, S. 75), oder eine Anlehnung des Schreibers ans Hebräische, wie sie auch der Cod. D. bei Matth. und Marc., hier auch der Cod. B. in dem hebräischen λαμᾶ aufweist. Das χ ist in griechischem Munde durch Einwirkung des folgenden ϑ entstanden, wie Matth. 27, 46 B., Marc. 15, 34 (lat.)

propiamente dicha, según la acepción primitiva de este nombre, ó sea el *dialecto arameo*. Es de notar que el nombre de *hebreos*, aplicado al pueblo ó *nación hebrea*, corresponde principalmente al antiguo pueblo de Dios, mientras desde la desaparición del reino de Israel, quedando sólo el de Judá, prevalece generalmente el calificativo de *judíos, nación judaica*. Por el contrario, el nombre de *hebreo, idioma hebraico*, pertenece á las últimas manifestaciones del *lenguaje judaico*, mientras, como queda dicho, á la lengua del antiguo pueblo se le llamó *lengua de Canaam* y *lengua santa*. En la facilidad de identificar el calificativo «hebreo» como designación de un pueblo, con el mismo como nombre de un idioma, está el origen de la confusión de los que han creído que al tratarse de «lengua hebrea» se trataba de la lengua del antiguo pueblo hebreo.

3.º En cuanto á la clasificación del arameo de J. C. son de tener presentes las indicaciones hechas en el tomo primero de esta obra (*La Glotología semítica*, VII) sobre las formas dialectales hebraicas, así como las divisiones del semitismo señaladas en este segundo volumen (*La Glotol. histor.*, VIII). Hemos visto en el lugar últimamente citado que las ramas de *araméo primitivo* y *cananeo* pertenecen al semitismo del norte. Pero de ellas la primera, que comprende principalmente el babilónico-asirio, puede decirse rama oriental, y la segunda, en la cual está el hebraísmo desde su forma clásica hasta el arameo vulgar de la Judea, constituye rama occidental. El arameísmo occidental, ó sea el lenguaje vulgar de la Palestina, no es fruto ni resultado del arameísmo oriental ó babilónico; y es un error tan extendido como palpable, debido en especial á los judíos medioevales y á los talmudistas, decir que el arameísmo en el habla del pueblo hebreo se introdujo con ocasión del destierro babilónico. Antes de él aparecen formas arameizantes (cf. t. I, l. cit.), y después de él se acumulan cada vez más hasta que por el tiempo de los Macabeos puede decirse ha desaparecido totalmente el habla antigua. Pero ni antes ni después, el arameo occidental es el arameo oriental, y ni en la Palestina llegó á introducirse la rama del

σαβατανσι der T-Laut sich nach dem x gerichtet hat (Dalman, S. 304, A, 2).

araméo babilónico en ningún tiempo. Como el Talmúd jerosolimitano nos ha conservado datos del arameísmo palestinense, el babilónico nos los proporciona de la rama dialectal del Oriente.

Quedándonos, pues, con el arameo occidental palestinense, pueden señalarse en él tres formas: la del *jerosolimitano*, la del *samaritano*, y la del *galileo* que aunque próximos, se distinguen entre sí por giros de frase, formas de palabras y pronunciación; sabido es como á los discípulos de J. C. los delataba en Jerusalén su dialecto galileo. Este fué sin duda el hablado por Jesucristo, siquiera hubiese de emplear según las circunstancias las demás variantes de la Palestina (1). Por lo expuesto, siquiera ello constituya una digresión filológica en este lugar, vese claramente que hablar del *hebraísmo primitivo* porque el hebreo haya sido lengua de J. C., es paralelismo tan irracional y arbitrario en sí mismo considerado, como inconducente á los fines de sus sostenedores, empeñados no en hacer del arameo la lengua primitiva, sino en convertir en tal el llamado hebreo de los libros santos.

Podemos, pues, asentar en orden á los fundamentos racionales de la incertidumbre sobre la lengua originaria: 1.º Que la lengua primitiva es desconocida, y partiendo de un determinado orden histórico, sólo por conjeturas es dado suponer que su estructura tuviese analogía con las formas más antiguas del semitismo, siendo en ese caso menos impropio asemejarle

(1) El conocimiento del hebreo clásico conservábase desde luego como de una lengua literaria y sagrada entre los judíos; la lectura en la Sinagoga de la Ley que era después interpretada en lenguaje vulgar, contribuía á mantener vivo su recuerdo. La forma de esta lectura explicanla los talmudistas, y nos la recuerdan, entre otros, Filón y Eusebio, el cual en su *Praep. evang.*, c. VIII, dice que τις τῶν ἱερῶν ἢ παρῶν ἢ τῶν γερόντων ἀναγινώσκει τοὺς ἱεροῦ νόμους αὐτοῖς. Además de esto existían en Jerusalén escuelas para el cultivo de la lengua y letras sagradas, que favorecían su conservación.

El griego era también cultivado en la Palestina, introducido de un modo casi literario desde el tiempo de los Ptolomeos y Seleucidas sostenido por colonias de griegos allí establecidos, pero nunca aceptado como lengua nacional ni popular. Del contacto griego se originaron los judíos helenistas, y no pocas influencias léxicas que se revelan en especial en el neohebraico de los rabinos.

al asirio y al antiguo egipcio que al hebreo y demás dialectos posteriores. Estas conjeturas no tienen un fundamento sólido ni en la Ciencia del Lenguaje ni en la historia, y suponen la verdad de varias hipótesis (análogas á las que hacen los partidarios del hebraísmo) que no se pueden demostrar. 2.º La reconstrucción del idioma primitivo por las lenguas conocidas, es un imposible, ya porque jamás se probará filológicamente que la reconstrucción fonética y morfológica de un tipo lingüístico dado sea la reconstrucción del lenguaje original, ya porque las alteraciones fonéticas y morfológicas de los idiomas inhabilitan para poder declarar tipo regular y no reducible en un conjunto de idiomas aquel que nos parece tal; de suerte que las semejanzas fonéticas en muchos casos son puramente accidentales, é históricamente pueden hallarse coincidiendo sonidos que están en muy diverso grado de evolución y derivan de muy distinta fuente. Quédannos innumerables ejemplos de coincidencias fonéticas y significativas en las lenguas indoeuropeas, que distan mucho de tener un mismo origen ni obedecer á las mismas transformaciones, ni hallarse en el mismo grado de evolución; y cuando se han querido relacionar por este medio de semejanzas extrínsecas los idiomas de las diversas partes del mundo con los europeos, sólo se ha conseguido reproducir el antiguo método comparativo anterior á la Ciencia del Lenguaje, incapaz de llevar á conclusiones serias y bien cimentadas.

Añádase á lo dicho que nada obsta á que el lenguaje primitivo ofreciese poco después de sus comienzos las variantes dialectales que observamos en todos los idiomas y de que naturalmente es susceptible toda palabra, y se evidenciará cada vez más que hallar entre esas diferenciaciones lingüísticas primitivas el primer tipo de ellas, y esto á través de todos los idiomas existentes, es tan imposible como hallar en el Océano la primera gota de agua que en él cayó del cielo. Por otra parte, dado que las lenguas no sean, como legítimamente se puede juzgar y nosotros pensamos, otra cosa que prolongaciones sucesivas de un primitivo lingüístico sin solución de continuidad, acomodadas al *medio* ó conjunto de influencias *mesológicas* de lugar, tiempo, raza, etc. no puede tratarse de reconstruir por las formas existentes las formas primeras de la pala-

bra para siempre desaparecidas por la marcha ordinaria de los idiomas, y sólo es permitido conjeturar un estado filológicamente prehistórico del lenguaje que baste á explicar las formas del dominio histórico y de las variantes actuales. En este caso estamos en cierto modo siempre en posesión de la lengua primitiva sin buscarla, y en alguna manera siempre fuera de ella sin poder hallarla aunque la busquemos.

Que si por un momento suponemos la confusión lingüística de Babel de carácter universal con respecto á la lengua ó lenguas preexistentes, causa de la desaparición completa de todo idioma anterior, como algunos han pensado y nadie ha demostrado su imposibilidad, las razones intrínsecas que impiden hallar el primer idioma, son aumentadas por esta extrínseca de tal suerte que aquel intento se convierte en una ilusión completa y de pura fantasía.

Es necesario tener presente que el problema de la reductibilidad de los idiomas, no es el problema de la invención del lenguaje primitivo, y por lo mismo aquellas conclusiones que pudieran reputarse sostenibles en orden al parentesco de formas actuales, no lo son por ello en orden á señalar nos la lengua primitiva, sino tan sólo un común origen primitivo. Esto es lo que exactamente acontece con los varios idiomas cuyo parentesco se nos revela en sus semejanzas de familia, sin que con demostrarlo nos sea permitido afirmar que nos es conocida la lengua madre, ni mucho menos que ella sea primitiva é independiente de otras que es posible le precedieran.

Comparando las lenguas existentes, las familias de idiomas y el lenguaje primitivo, puede establecerse esta proporción: el idioma primitivo es en su cognoscibilidad á los troncos de cada familia lingüística, lo que las lenguas existentes son á sus troncos respectivos. En efecto, dada la dirección convergente de los idiomas de una familia á un centro de donde inmediatamente proceden, en ese caso la lengua primitiva habrá de resultar no de los idiomas comparables á su centro relativo, sino de la comparación de los mismos centros respectivos entre sí, referidos al centro absoluto y común á todos ellos. Si se supone en las lenguas, no una dirección convergente (que es la que aparece), sino una dirección de paralelas que con asemejarse en su forma no se encuentran en punto alguno,

en ese caso desaparecen los centros relativos ó *linguas madres*, pero desaparece también la lengua madre única ó centro absoluto, ó por lo menos queda reducido á tronco de donde simultáneamente procedieron muchas formas dialectales *paralelas*, que hacen imposible la determinación de primacía en favor de ninguna.

Si se parte de esto último, buscar el tipo común lingüístico es buscar una quimera, como lo sería el investigar los centros relativos de los idiomas. Si se afirma lo primero, tendremos: *a)* que no puede resultar el lenguaje primitivo mientras no se reconstruyan los centros respectivos ó *linguas madres* intermedias, que son eslabones necesarios en la cadena de lenguas; *b)* que reconstruidos dichos centros, han de reducirse á su vez á otro número menor de centros, que son *madres* de las mismas lenguas madres que hoy adivinamos, hasta llegar al comienzo absoluto de toda lengua humana; *c)* que como el conocimiento de todos estos centros no se da de hecho ni puede darse con certeza, tampoco el conocimiento del idioma primero ni se da ni puede darse. Que no tenemos conocimiento no ya de todas las *linguas madres* en las respectivas familias, sino ni aun de la del tronco indo-europeo, es evidente: que no puede darse dicho conocimiento, prescindiendo de las dificultades fonéticas, morfológicas é históricas para reconocer las formas todas lingüísticas, se ve claramente con advertir que en cada uno de los troncos relativos pueden existir muchos dialectos simultáneos y paralelos que imposibiliten para determinar el tronco propio, de suerte que viene á reproducirse en la teoría de los *centros convergentes* á la unidad común, la dificultad que antes hemos visto en la de las *linguas no convergentes* y paralelas, para llegar al lenguaje primero. La diferencia sólo consiste en que el *paralelismo* de formas dialectales se refiere en un caso de una manera directa á la lengua común absoluta, y en otro á la lengua común relativa á cada familia; mas como en este supuesto sin reconstruir el tipo de las familias lingüísticas no puede llegarse al primitivo de todas ellas, nos encontramos incapacitados para determinar filológicamente la lengua primitiva.

En todo caso, la reconstitución abstracta hecha por las lenguas comparadas, no podría tenerse por lengua primera sin

conocer antes las formas concretas de ella, es decir, sin conocer de alguna manera aquel lenguaje antes de buscarlo, pues de otro modo la certeza de haber llegado á la lengua de nuestros primeros padres sería cuestionable, y pudiera siempre ser discutido su hallazgo.

Debemos, pues, renunciar al descubrimiento de la lengua primitiva, aunque no renunciemos á reconocer el parentesco de los idiomas. Y si en cuanto á esto último podemos y debemos disentir de Lenormant, en cuanto á lo primero bien puede decirse con él que «todo ensayo de reconstitución de la lengua primitiva y única de nuestros primeros padres, debe ser arrojado del campo de la ciencia, que no puede ser y no es más que una fantasía pueril y sin provecho» (1).

(1) Se ha discutido, como decimos en otro lugar, la existencia de los *troncos lingüísticos*, y en especial la de la lengua madre indoeuropea; y la razón de ello es la pretendida existencia de lenguas paralelas simultáneas originales en cada pueblo. Dada la existencia del tronco indo-europeo, se ha querido reconstruirlo, y Schleicher inició el intento, sin éxito, según hemos visto. Se ha disputado varias veces la posibilidad de una restitución del mencionado tronco, y últimamente han renovado la controversia Lévy y Regnaud en Francia, el primero en contra de dicha posibilidad, fundado en las diferenciaciones fonéticas, y el segundo en favor, apoyado en el parentesco conocido de las lenguas que determinado por gradación fonética cada vez más, conduce al tronco deseado. Hemos dicho ya que la razón de parentesco no incluye el conocimiento de la lengua madre, ni la gradación fonética, aun dado que se conociese convenientemente, excluye la pluralidad dialectal en el tronco mismo, y por consiguiente no se puede en manera alguna llegar á él. Añádase que los procedimientos lingüísticos usados, si bien permiten descubrir el fondo común de varias lenguas entre sí, no conducen á hacer aparecer las formas históricas de la palabra en la lengua madre, como se ve por el *substractum* de raíces deducidas, que distan mucho de constituir lenguaje.

Las dificultades en hallar el tronco indo-europeo se multiplican notablemente al tratar de señalar el lenguaje primitivo, como se deduce de lo dicho arriba; la disparidad en esto está en las desventajas del segundo problema respecto del primero, toda vez que supuesta la solución de aquél, no por eso obtendríamos entonces la de éste. No es difícil tomar de una serie de idiomas un conjunto de palabras que puedan tener analogía. Esto que efectuaron los glotólogos anteriores á la Ciencia del Lenguaje, no es un gran mérito en el estado actual de los estudios comparados que pueda ejecutarse. El Ca-

3.º La lengua primitiva no estuvo constituida por un sistema de *raíces*, como se nos ofrece mediante el análisis que suelen hacer los filólogos de las lenguas para su comparación, de lo cual hemos hablado en otro lugar, sino por palabras completas como tales. La existencia de las raíces en cuanto resultado exclusivo del análisis, es sólo existencia ideal. El concepto analítico de ellas cuando se las hace consistir en los elementos que restan después de separado todo lo que expresa relación, suele formarse sobre un círculo vicioso; pues para determinar luego estos elementos de relación, se dice que son todo lo que no sea raíz. Las especies de raíces, su forma, etcétera, no pueden determinarse analíticamente con certeza, como consta de las discrepancias de los filólogos sobre uno y otro punto, á lo cual nos hemos referido en otro lugar.

De todo ello se sigue que las raíces aludidas no constituyen palabras; que los métodos empleados para su consecución no conducen á la obtención de ninguna lengua en su realidad histórica, si de alguna manera no puede históricamente ser auxiliada la labor etimológica para formar la estructura del idioma; finalmente, que todos los inconvenientes que pueda presentar la reconstitución de una lengua madre como la indo-europea, son mucho mayores en la reconstitución del idioma de nuestros primeros padres. Una cosa resulta evidente del conjunto de raíces analíticas obtenidas en la comparación de las lenguas y es, que en un mismo elemento fundamental, representado por el *subtractum* radical aludido, pueden darse formas múltiples, las más diversas, cual vemos considerando una raíz á través de las lenguas arias, sin que la palabra deje de ser substancialmente la misma en tantos idiomas. Una lengua, por consiguiente, pudiera recibir cualquiera de las formas que presenta una raíz en otras, sin variar su equi-

tólogo de Hervás, el Mitridathes de Adelung, los trabajos comparativos de Klaproth... hasta el *Grundriss* etc. de Federico Müller, que proporciona los principales elementos morfológicos para la comparación gramatical, y las Gramáticas comparadas de las diversas familias de idiomas, ofrécennos ejemplos de semejanzas y analogías sin duda alguna dignas de ser consideradas. Pero de ello á descubrir el idioma primitivo, hay una distancia inmensa que hace ilusoria todá tentativa.

valencia y significación: y aplicando esto á la lengua primitiva, tenemos de una parte la posibilidad de formas las más varias aun dentro de un mismo tipo lingüístico, y de otra la probabilidad de que dicho idioma primero fuese enriqueciéndose de una manera análoga á lo que hoy acontece en la formación de palabras, al mismo tiempo que se dividía en dialectos, ó variantes de unas mismas raíces, como vemos prácticamente en la familia indo-europea, y sucede en las demás (1).

El lenguaje en sus comienzos, como actualmente, para ser tal, fué necesario que estuviese constituido por *sonidos articulados*, en el sentido psíquico-fonético de la expresión, como en su lugar hemos visto. Es decir, que la palabra no ha aparecido constituida sino desde el momento en que se enlazaron el *sonido* y el *valor*; elemento concreto y elemento abstracto, parte *material* y parte *formal* del habla humana.

El lenguaje, pues, presupone en su elemento psíquico y en su elemento fonético una naturaleza *apta* para la expresión, una *facultad* capaz por serlo de prorrumpir en los actos correspondientes. Esta facultad es la que constituye la parte natural, necesaria del lenguaje. El ejercicio de la facultad mencionada mediante los fonemas de cada idioma constituye la parte no necesaria del mismo, que ocasiona las múltiples diferencias entre lenguas y lenguas. Todo idioma, pues, se funda en un hecho natural, concretado en formas determinadas, no de una manera necesaria, no de una manera arbitraria, sino de una manera *ocasionada*; porque en efecto ni la necesidad ni el libre albe-

(1) Para explicar el orden cronológico de la formación psíquico-fonética del lenguaje en nuestra teoría, conviene hagamos algunas aclaraciones. Todas las expresiones fonéticas, como originariamente reflejas y recibidas de los sentidos, pueden considerarse como imitación de un sonido ó expresión de una sensación, y también como significación del objeto que produce aquel sonido ó aquella sensación. La reunión de muchas expresiones fonéticas de la misma naturaleza forman un todo que puede traducirse por la expresión de una idea común á todas ellas: de este modo por un procedimiento natural-racional, que consiste en fijar algunas expresiones generales entre las infinitas posibles, se forma un patrimonio relativamente pequeño de *tipos fonéticos*, manifestación y síntesis de aquellas cosas más necesarias á la vida humana. Estos *tipos fonéticos*

drio gobiernan el todo de una lengua, sino el movimiento espontáneo provocado por la diversidad de agentes subjetivos y objetivos á que aparezca sometida en su constitución. En este sentido se ha de entender lo que se lee en el Génesis, II, respecto á los nombres impuestos por Adán: «Omne enim quod vocavit Adam animae viventis ipsum est nomen ejus;»

deben considerarse como puntos centrales y fundamentales del lenguaje, lo que pudiera constituir el patrimonio de la Ciencia del Lenguaje si alcanzase su reconstrucción histórica, hoy representada por las raíces analíticas, término que de hecho la Filología comparada pocas veces puede traspasar. Esos tipos fonéticos elementales, en cuanto de alguna manera puede representarnos el *substratum* analítico de las palabras históricas, ó sean las raíces, son originariamente signos de objetos percibidos por los sentidos, y por consiguiente de significación concreta, mas son al mismo tiempo representaciones sensibles cuya significación es susceptible de ser vaga, general é indeterminada; son, por decirlo así, categorías fonéticas, en las cuales existe una cualidad y representación universal, pero pensada de una manera concreta en los objetos, que según estas categorías son luego distribuidos y ordenados en una clase general.

Los elementos, pues, del lenguaje así provisionalmente representados, no se hallan ni en las vocales ni en las consonantes, sino en aquellos sonidos que pueden constituir lo que hemos llamado categorías fonéticas, y en aquellos otros elementos significativos que determinan la idea abstracta de su categoría. En esto estriba la razón del sistema morfológico científico; porque en efecto, toda palabra expresa una idea y además una relación no contenida en aquella idea; la idea está contenida en la raíz; todo lo que resta separada ésta, es elemento de relación. Las raíces vienen á ser como los átomos indivisibles de la lengua para los elementos primitivos de las palabras. Ideas y relaciones (elementos de raíz y demostrativos), reunidos en un todo fonético, constituyen la palabra. Raíz y palabra son los dos polos entre los cuales se mueve el análisis lingüístico. Las raíces son expresión de una representación universal si se consideran analíticamente, y desde el punto de vista de una lengua perfecta; y por consiguiente una pura abstracción de contenido general é indeterminado, que, como tal, no aparece en ninguna lengua acabada. Pero por otra parte, consideradas de una manera sintética y en las diversas fases que van recorriendo en las lenguas, aparecen como respondiendo á palabras primitivas que existían al formarse los idiomas, y cual si fuesen gérmenes vivientes que en virtud de propia actividad van atrayendo los términos de relación y asimilándolos hasta fundirlos en las palabras actuales, permiten adivinar el crecimiento fonético de las voces, al par que dan idea del proceso en la formación del todo de una lengua.

es decir, que tenían las denominaciones por él dadas, fundamento objetivo, sobre el cual hubieron de apoyarse adecuadamente; porque, mientras el recibir en un medio social dado un idioma ya constituido requiere plena indiferencia alocutiva para expresarse con vocablos de ésta ó de otra lengua, á la inversa, en la constitución primera del lenguaje fué indispensable que motivos reales alejasen la indiferencia subjetiva á fin de concertar las ideas en equivalencias fonéticas determinadas. Tomada la expresión en otro sentido, fuera de esta razón objetiva que hace no fuesen arbitrarias las denominaciones, cualquier nombre que Adán hubiera impuesto á los seres de la tierra, ese sería su propio nombre. Es, en efecto, evidente, que el valor semántico de las voces es convencional, como ya hemos notado; y no sólo esto, sino que toda denominación es necesariamente, según queda también observado, incompleta é inexacta; incompleta, porque por lo mismo que los nombres no son peculiares de cada una (lo cual ni es necesario, ni posible), sino que convienen á todas las cosas de la misma categoría (v. gr., el nombre de *persona* á todas las personas, el de *Pedro* á todos los Pedros, etc.), no pueden representar fonéticamente la individualidad plena de ninguna cosa como tal. Inexacta, no sólo por el hecho de ser incompleta en el sentido expuesto, sino porque las denominaciones recaen siempre únicamente en alguna ó algunas propiedades de los objetos denominados, nunca en todas ellas, por la imposibilidad absoluta de abarcar simultáneamente todos los aspectos de las cosas, y por la inutilidad misma de efectuarlo así; y sin embargo ese nombre de una cualidad particular nos sirve de nombre para todo el objeto denominado, y aun más, suele acontecer que fundada la denominación en una cualidad adventicia é inestable, sirva no obstante para designar todo un objeto en condiciones en que nada se halla en él de aquella cualidad que se expresa en su designación, cual acontece con los ejemplos atrás aducidos de *sol*, *luna*, *caballo*.

Es, pues, necesario convenir en que todo nombre que se imponga á una cosa, aquél es su nombre dado con fundamento siempre que sea objetivamente motivado, pero nunca será su nombre, por mucha selección que se hiciese, ninguna palabra, en el sentido que abarque la realidad del objeto de otra ma-